

ALEXIS CARREL

LOS GRANDES CONVERTIDOS DEL SIGLO XX



El célebre Papa Pío XI recibió, de uno de sus asistentes, el anuncio de que un grupo de médicos católicos deseaba entrevistarle. Y el temperamental Pontífice exclamó: "Medicus pius, res miranda". (Médicos piadosos, cosa rara).

No ignoraba el insigne autor de "Casti Connubii", que hubo numerosos galenos que llegaron al honor de los altares, comenzando por el Apóstol San Lucas, y otros médicos, como los Santos hermanos mártires Cosme y Damián, o San Pantaleón, o Santa Hildegarda, y muchos más. Tampoco desconocía, aquel Papa ilustre, la actuación de incontables terapeutas honestos y bien intencionados, aunque muchos de ellos hubieran adoptado ideas basadas en doctrinas positivistas o materialistas.

Es que el ambiente universitario, en general, y el conocimiento de los hechos y de los descubrimientos en las ciencias de la materia, y en las técnicas modernas, cuando la formación básica del profesional no es muy sólida, o cuando las influencias ambientales son muy poderosas, pueden conducir, al joven estudiante, por aquellos caminos, o por los más fáciles, de las concesiones, frente a ideologías que procuran justificar conductas no compatibles con una verdadera y firme integración de la personalidad, tal cual la entiende la ortodoxia católica. Y el sabio médico cuya semblanza haremos enseguida, no escapó a esta regla general. Carrel había evolucionado poco a poco, durante su carrera universitaria, conforme a esa difundida tendencia que acabamos de señalar. Nuestro propio biografiado lo dice en Viaje a Lourdes (pág. 78): "Yo al principio fui católico sincero, más tarde estoico después kantiano, y, a continuación, caí en el escepticismo absoluto y en el dilettantismo".

Esta transformación la hemos observado con lamentable frecuencia, quienes hemos transitado por los ambientes de la enseñanza superior, y es-

to nos explica la referida expresión del Santo Padre.

Carrel nació el 28 de junio de 1873, en Saint Foy les Lyon, una pequeña población situada en una de las pintorescas colinas que rodean la ciudad de Lyon.

Bautizado con el nombre de Auguste-Marie-Joseph, perdió su padre cuando sólo contaba cinco años. Fue entonces cuando su piadosa madre, con sus jóvenes 25 años de edad, y en memoria de su esposo difunto, comenzó a llamar con el nombre de éste a su primogénito, quien, desde entonces, respondió al patronímico de Alexis.

Carrel creció en el ambiente sano de una católica familia provinciana de la alta burguesía, algunos de cuyos ancestros, en el curso de tres siglos, habían desempeñado cargos públicos de responsabilidad. Cursó sus estudios en Lyon, donde esos grandes formadores del carácter y la personalidad, los Padres Jesuitas, completaron la obra integradora de la familia. Y bajo las mencionadas directivas, obtuvo a los 16 años el Bachillerato en Letras, y a los 17, el Bachillerato en Ciencias.

Su carrera médica fue transitoriamente interrumpida por el servicio militar, durante el cual, el joven Alexis pudo demostrar la gran firmeza de unos perfiles psicológicos muy definidos y su profunda afición a las expresiones de la naturaleza, al par que una insobornable rectitud y un inquebrantable amor a la verdad. También se caracterizó Carrel, por un acendrado sentido de la solidaridad humana, y por una sólida vocación de servicio. Todas estas particularidades que lo singularizaban, son las que, con el dar del tiempo, habrían de provocar reacciones adversas, originadas en la mediocridad, en la envidia y en la decadencia que Carrel no dejó de fustigar con lealtad, y con un elevado afán de perfeccionismo.

Después de egresar y obtener el cargo de Médico Interno de los hospitales

de Lyon, en 1896, y proseguir en una carrera de trabajador infatigable y trabajador sonero, ganó concursos como Ayudante de Cátedra primero, y como Profesor más tarde.

Estudiante aún, Carrel había sido profundamente impresionado y conmovido por el asesinato del presidente Sadi Carnot, quien fuera apuñalado por un anarquista, al final de un banquete celebrado en Lyon el 24 de junio de 1894. El arma del asesino había seccionado la vena cava inferior del mandatario, y la copiosa hemorragia ocasionó la muerte en pocos minutos. Y a raíz de este sonado episodio, Carrel pensó que, si se hubiera podido reparar aquel vaso, mediante una sutura, tal vez se hubiera salvado a la víctima. Fue así como Carrel trabajó desde entonces con mayor denuedo, perfeccionando las técnicas de las suturas de todas las heridas, en general, pero de las venas y las arterias, en particular. Recorrió talleres de costureras y buscó los hilos más finos y las agujas más delgadas, haciendo fabricar modelos diversos, con los cuales se ejercitaba, no sólo en animales de laboratorio, sino *in vitro*, llegando a suturar papeles de celofán, que cosía por su espesor, procurando no perforarlos.

En estos y otros trabajos quirúrgicos y experimentales, siguió trabajando Carrel en Lyon, donde pronto llegó a gozar de gran prestigio, lo mismo que en París y en otros centros de Europa y de Norteamérica.

Infatigable lector, conocía los libros publicados por el Dr. Boissarie sobre los milagros de Lourdes. Pero era consciente de que las observaciones eran incompletas, o insuficientes, o carentes de un verdadero rigorismo científico. Y todo esto explicaba que, de vez en cuando, los colegas que referían tales observaciones, tenían que rectificarse y aún retractarse. Y así fue como expresó lo que refiere Mme. Carrel (IATRIA, Nro. 121, Set, 1953): "Carrel se decía: este terreno desdeñado por la mayoría de los médicos, virgen aún

de observaciones metódicas, es tentador. Siempre se ha rechazado por sistema, el estudiar lo que sucede en Lourdes. ¿Porqué no hacer un ensayo? Si no hay más que curaciones imaginarias, el tiempo perdido no será mucho. Si hay, realmente, un EFECTO, cualquiera sea la causa, sería un hecho que, comprobado de veras científicamente, podría tener un interés muy grande. No sabemos casi nada, desde el punto de vista biológico, de los fenómenos posibles. No se debe negar nada, en nombre de leyes que conocemos demasiado poco". Y esa inquietud de Carrel pudo concretarse, en una buena oportunidad, para observar y apreciar personalmente lo que sucedía en Lourdes. En efecto, un colega que debió hacer el viaje acompañando a los enfermos que iban en la peregrinación estival de 1903 al santuario pirenaico, desde Lyon, al verse impedido para viajar, pidió a su amigo Carrel que lo substituyera. Así fue como éste, durante el fatigoso viaje ferroviario de cerca de dos días, tuvo ocasión de asistir a una paciente gravísima, casi moribunda, y a quien debió aplicar una inyección de morfina, para aplacar los terribles dolores que sufría. Se trataba de María Bailly, una muchacha de 19 años, hija de padres tuberculosos, y ella también afectada por una de las localizaciones y de las formas clínicas más graves del entonces terrible mal: peritonitis tuberculosa. Con total seguridad en el diagnóstico, que ya habían formulado varios médicos muy responsables, y con un pronóstico fatal a brevísimo plazo, la paciente, consumida, estaba casi agónica. Tan grave era la situación, que, para poder llevarla a la gruta, donde la enferma exigía ser conducida, el mismo Dr. Carrel debió hacerle una inyección de caféina. Después de las oraciones de práctica y de las abluciones hechas con máximo cuidado, por la extrema debilidad de la paciente, el Dr. Carrel y otros tres médicos allí presentes, comprobaron que descendía la hinchazón que cubría el vientre abultado

de María Bailly, y al achicarse, ante sus ojos asombrados, el volumen del enorme abdomen, al paso que el rostro de la enferma se transformaba, cambiando el tinte cianótico y pálido, por un rosado suave, mientras la respiración agitada, dificultosa y superficial, se había vuelto normal, y el pulso, de más de 150 latidos por minuto, y con intermitencias, se hacía regular y bajaba a una frecuencia de 80 pulsaciones por minuto. Al poco rato, la paciente respondía con voz clara: "Estoy muy bien, un poco débil, pero me siento sana". Al día siguiente, aquel abdomen tenso, con grandes masas duras e irregulares, con la clásica zona central llena de líquido, se palpaba blando, depresible, indoloro, normal. Antes de las 24 horas del suceso, María Bailly se sentaba en su cama, y comenzaba, poco a poco, su alimentación normal. Pasados cinco escasos meses, y ya completamente sana, ingresó, el 6 de diciembre de 1903, en el Convento de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul, donde murió el 22 de febrero de 1937, a los 51 años de edad, y después de 33 años de vida religiosa.

Carrel y sus colegas habían observado con una verdadera turbación, que no se trataba de la cura, a veces explicable por la sugestión, de ciertas enfermedades nerviosas o funcionales, sino de una afección con gravísimas alteraciones orgánicas, y en un estado tal de su evolución, que varios médicos de Lyon, y, entre ellos, un eminente profesor de aquella Facultad de Medicina, se habían negado a operarla, frente a la seguridad de que ya era tarde para cualquier tratamiento médico o quirúrgico.

La observación de la curación de María Bailly y las referencias de otros colegas y diversas personas, de hechos semejantes, dejaron a Carrel unas impresiones tan profundas, que resolvió retirarse a una montaña helada y desértica, donde se dedicó a meditar. Allí produjo reflexiones admirables, propias de un consumado filósofo y de un

erudito pensador. Algunos de esos pensamientos están en ese libro del Viaje a Lourdes. Muchos otros, están recopilados en un volumen llamado *Jour Après Jour*. (ed. Plon. París. 1956).

Consecuente con su ejemplar sentido de la lealtad, dejó firmados sus informes en la Oficina de Comprobaciones de Lourdes. Con la mayor precisión y objetividad, refirió sus observaciones, que no dejaron de trascender en los ambientes médicos y aún en la prensa diaria. Y aquí comenzó el calvario de Carrel. Y aunque parezca increíble, hasta hubo sacerdotes que opusieron reparos a los informes referidos. Ni qué hablar de los numerosos anticatólicos, como el radical-socialista, Dr. Augagneur, quien intimó a Carrel para que se retractara. Huelga decir que el gran lionés no sólo no se retractó, como otros lo habían hecho antes, sino que ratificó y amplió sus observaciones. En torno de las mismas, se desataron las más encendidas polémicas, y surgieron a la superficie, el rencor, los celos, la envidia y hasta la maledicencia calumniosa. Uno de los maestros que Carrel había tenido en la Facultad de Medicina de Lyon, llegó a decirle: "Amigo mío, con sus ideas, sería mejor que renunciara a los concursos. De aquí en adelante, usted no llegará jamás".

En ese clima de hostilidad y animadversión que le crearon hasta sus propios colegas, Carrel fue presa de la más amarga de las decepciones. Lo habían convertido tan gratuita como injustamente, en una víctima de la pequeñez moral, de las rivalidades mezquinas, o del odio sectario. Y tan grande había sido la decepción que le provocaron la chatura moral y la corrupción que Carrel veía avanzar en esa Francia de sus amores, que se vio impulsado, en un gesto de renunciamiento que le resultaba desgarrador, a abandonar hasta su carrera médica, a la cual había dedicado sus mejores afanes, y no obstante los éxitos que en

ella había protagonizado. Y así, con casi la muerte en el alma, Carrel tomó el camino del exilio, el 15 de mayo de 1904. Había decidido instalarse en el Canadá y dedicarse allí a la cría de ganado.

Cual no sería la sorpresa de Carrel, cuando, al llegar a Montreal, y conectarse con los doctores Martigny y otros colegas, todos ellos le hicieron objeto de los más cálidos recibimientos y demostraciones. Ya conocían sus trabajos sobre suturas, y ligaduras vasculares, y los más audaces de transplantes de venas y arterias. Y en mérito a esos y otros antecedentes, le invitaron a exponer en el Segundo Congreso de Medicina de Lengua Francesa de América del Norte, que se realizó en julio de 1904. Carrel disertó sobre Indicaciones y Técnica Operatoria de las Anastomosis Vasculares, provocando sensación.

Estos episodios, y la verificación de los grandes recursos de que podían disponer los investigadores, y las características de las instalaciones y de los elementos de trabajo en los centros médicos norteamericanos, modificaron los proyectos de tareas de Carrel. Animado por estas comprobaciones, resolvió hacer un viaje por California y otros lugares de los Estados Unidos, y, después de una breve estadía en Nueva York, se estableció en Chicago, donde se dedicó a trabajos de Fisiología Experimental, durante 1905.

En 1906, a raíz de una conferencia que le invitaron a pronunciar en la Universidad Johns Hopkins, en Baltimore, el prestigioso patólogo Dr. Simón Flexner, que dirigía el Instituto de Investigaciones Médicas de la Fundación Rockefeller de Nueva York, invitó a Carrel a trabajar allí, y poco después lo nombraba Director del Instituto de Cirugía Experimental, que acababa de crearse dentro de la citada Fundación.

Carrel ya se había hecho un agudo observador y registraba los más insignificantes detalles de cuanto ocurría a su

alrededor. Este método de observación y de investigación, fue puesto al servicio de sus búsquedas científicas, y se constituyó en un verdadero hábito de su espíritu. La lectura de los filósofos clásicos y la de algunos modernos, le había llevado a un enfriamiento de su fe, barrida, como dice Soupault, durante sus años de estudiante, en los cuales quedó como un católico de adhesión, pero con sus creencias debilitadas, como él mismo lo confesara. Sin embargo, aquel fermento residual, realizó su obra, al conmover la sensibilidad y la mente de Carrel, cuando éste presenció el milagro de la curación de la desahuciada María Bailly y cuando recogió detalladas referencias de otros casos similares. Y esa inquietud fue la que lo movió para volver a Lourdes durante sus vacaciones, y lo hizo durante cuatro años seguidos, a partir de 1909.

En el viaje de 1910, Carrel fue testigo de otro milagro. Por no estar en las condiciones requeridas, una mujer campesina no pudo tener acceso a las proximidades de la gruta. Movida a compasión por la angustia y las lágrimas de esta desgraciada, una dama, uniformada de enfermera, pidió a aquella pobre mujer, que le permitiera tomar en sus propios brazos, a la hijita de 18 meses, ciega de nacimiento, que la campesina llevó a Lourdes en procura de curación. Varios médicos habían dado ya su veredicto de ceguera congénita y definitiva. La dama de referencia era Ana María Laura Gourlez de la Motte, quien, hacía cerca de un año, había enviudado del marqués Enrique de la Mairie. Durante la procesión ritual, el sacerdote que llevaba el Santísimo, apoyó la custodia sobre la cabecita de la niña ciega. Y aquella piadosa samaritana, que tres años más tarde había de ser la esposa del Dr. Carrel, se refiere así, al conmovedor acontecimiento: "... y supe que estaba curada, por el peso enorme que, de repente, tuve que sostener. Miré a la niña, abrió los ojos, gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, pero no lloraba.

Véa por la primera vez en su vida... viendo brillar la custodia, que reflejaba los rayos del sol, quiso apresar con sus manecitas ese torrente de luz, pero las distancias no existían para ella... Esa misma noche estaba yo sentada en un banco al borde del Gave (el río que pasa por Lourdes), rezando el rosario, mientras esperaba la misa de medianoche. Ví a un señor que se me acercaba y me dijo: "señora, permítame que me presente, soy el Dr. Alexis Carrel, y si no le incomoda, quisiera hacerle algunas preguntas sobre la cieguita que curó en sus manos esta tarde. Así fue como nos conocimos".

Carrel regresó para retomar sus trabajos en Nueva York, donde día a día ampliaba sus campos de investigación. Baste con recordar los cultivos de tejidos y la supervivencia que obtuvo, con el corazón de pollo, en medios artificiales. Las nuevas técnicas de anastomosis vasculares, y todo el conjunto de sus trabajos, le valieron el Premio Nobel en Fisiología y Medicina, que le fuera otorgado el 10 de octubre de 1912. Era la primera vez que la honrosa distinción se adjudicaba a un francés y también la primera que dicho galardón cruzaba el Océano Atlántico.

El 17 de febrero de 1913, el gobierno francés, en reconocimiento de la importancia del Premio Nobel, otorga a Carrel el nombramiento de Caballero de la Legión de Honor.

En los años sucesivos, siguieron otros títulos y distinciones.

Las apariencias engañaron una vez más, a los observadores superficiales que pudieron considerarlo un hombre de poca sensibilidad. En efecto, Carrel había quedado prendado de su interlocutora, después de la curación de la niña ciega en Lourdes. Poco a poco se fue concretando el noviazgo con Ana María de la Motte, el cual culminó con la boda realizada el 26 de diciembre de 1913. Esa misma tarde emprendieron viaje a Nueva York, y, tanto allí, como en todo el resto de su vida, Carrel tuvo en su esposa a la me-

por compañera y más eficaz colaboradora.

Al año siguiente, en junio de 1914, estando de vacaciones en Anjou, en una propiedad rural de la familia de Mme. Carrel, el matrimonio se vió sometido a dos pruebas muy duras. La primera fue un accidente violentísimo, de tipo alérgico, provocado por una picadura de abeja. A raíz del mismo, se produjo la pérdida de una gestación que Mme. Carrel había iniciado pocas semanas antes. La segunda fue la noticia del crimen de Sarajevo, que puso en marcha los prolegómenos de la primera guerra mundial.

Aún antes de terminar la convalecencia de su esposa, Carrel se incorporó al ejército, en cuyos frentes trabajó con el denuedo que le era habitual. Con el grado de Mayor de la Sanidad Militar, y, una vez curada, acompañando por su esposa, desarrolló tareas agobiadoras por su intensidad y duración. Lo más notorio, sin embargo, fue la eficiencia y la calidad de los servicios prestados. Sus estudios sobre la cicatrización de las heridas, reparación de las mismas y cirugía de los vasos, tuvieron frecuente y amplia aplicación. Pero la gran preocupación de Carrel, fue la gravedad de ciertas heridas de guerra, con gran destrucción de tejidos, y sus complicaciones infecciosas, que conducían frecuentemente a gangrenas de los miembros, las cuales desembocaban en amputaciones de los mismos, o en septicemias mortales. Cultivó microbios de las heridas y demostró, una vez más, que no podían saturarse y repararse dichas lesiones, hasta la total desaparición de los gérmenes. Pero ¿cómo lograrlo y neutralizar la virulencia de los microbios, si muchas veces se trataba de los productores de gangrenas u otras formas graves de ataque al organismo? Probó cerca de doscientas sustancias antisépticas, que fueron desechadas una tras otra. Hasta que, por fin, tomó contacto con el químico norteamericano Henry Dakin, quien había preparado una solución de hipo-

clorito de sodio, que resultó eficaz. Con Carrel confirmaron su tolerancia a nivel de los tejidos dislacerados, y su poder antimicrobiano. Ideó Carrel unos tubos elásticos con perforaciones, los cuales, después de limpiar prolijamente las heridas y de ligar los vasos sangrantes, eran introducidos en el interior de los tejidos, y éstos recibían una irrigación continua, hasta que los exámenes bacteriológicos demostraran la desaparición de los microbios. Sólo entonces se practicaba el cierre de las heridas. Este método, llamado largo tiempo, de Carrel-Dakin, permitió salvar, no sólo muchos miembros, de la amputación, sino también muchas vidas amenazadas por sepsis graves y aún mortales. Las reparaciones vasculares permitieron, asimismo, la realización de transfusiones de sangre, que se convirtieron en práctica de rutina, después de las grandes hemorragias, gracias al descubrimiento de la incoagulabilidad de la sangre a transfundir, mediante el uso del citrato de sodio. No debe olvidarse que este hallazgo, que también salvó la vida de numerosos heridos y operados, desde la primera guerra mundial en adelante, se debe al médico catamarqueño Dr. Luis Agote.

Carrel realizó también fundamentales aportes al estudio de los mecanismos del shock, tanto traumático como quirúrgico, atribuyendo a trastornos humorales y a la hipovolemia (disminución del volumen sanguíneo), una mayor participación que la atribuida hasta entonces a la toxemia por atrición tisular.

Por todos esos trabajos, el gobierno de los Estados Unidos, por medio del Departamento de Guerra, otorgó a Carrel una importantísima condecoración: "Distinguished Service".

A pesar de estas y otras evidencias de los méritos de sus tareas, y no obstante haber salvado la integridad física y aún la vida de tantos miles de heridos, no faltaron personas y colegas que procuraron disminuir aquellos merecimientos. Argumentaban en contra

de la efectividad del método de Carrel-Dakin y de las otras técnicas puestas en práctica, o simulaban ignorar las mismas, en procura de un manto de olvido o de silencio en torno de Carrel y de sus obras.

El sabio médico se lamentaba de todas estas bajezas, y tal vez por ellas se inclinaba más y más a intensificar su vida interior y sus meditaciones. Con una tolerancia y una indulgencia ejemplares, pudo escribir, entre otras muchas observaciones del ambiente que le rodeaba: "... Yo admiro mucho la inteligencia de mis compatriotas, pero me es difícil soportar su manera de encarar la vida y de conducirse en ella".

Sus condiciones de agudo y perspicaz observador, le permitieron evaluar por doquier, las incoherencias, la anarquía y las muestras de una decadencia que lo dejaban desolado. Y esa sutileza de sus dotes de psicólogo, no sólo le permitió aquella valoración de una decrepitud progresiva, sino, además, entrever lo que no veían ni los mismos aturdidos gobernantes de su patria. Así lo revelaban estas apreciaciones hechas por el profesor Lépine, contemporáneo de Carrel: "El horror del desastre que ha sufrido la humanidad, la noción clara de lo que hemos arriesgado antes de la victoria y la responsabilidad que hemos adquirido por una paz bastarda, eran, para Carrel, un grande y permanente tormento. En cierto momento, en las semanas que siguieron al armisticio, había pensado quedarse en Francia, para consagrar sus fuerzas y su experiencia, al servicio de su país. Pero pronto reconoció que todavía no había llegado la hora de los filósofos-políticos que hablaban a sus conciudadanos de la necesidad del trabajo, del amor, del desinterés. Quien lo hiciera, predicaría en el desierto".

Por eso decía con amargura, pero mirando por arriba de las pequeñeces: "Yo estoy en Francia como en una isla desierta... cansado de personajes a la vez grotescos o trágicos, que he debido dejar de lado. Aún entre los católicos

practicantes, notaba que había muchos poco sólidos, entregados a la rutina o al formalismo".

Firmado el armisticio, el 19 de noviembre de 1918, Carrel volvió a los Estados Unidos en 1919. Allí también tuvo la sensación de la decadencia de la comunidad, y de que los grandes progresos materiales estaban en tren de corromper la civilización americana.

Y tal fue la visión profética de Carrel, que, después de firmado el tratado de Versalles, y justipreciando sus valores y sus errores, pronosticó para Europa y para el mundo una gran decadencia y tremendas destrucciones. En cierto momento llegó a decir: "Los alemanes son irreprimibles. Será necesario llegar al desmembramiento completo de Alemania, si Europa desea vivir libremente".

Una vez retomados sus trabajos en Nueva York, periódicamente se aislaba para ponerse en contacto con la naturaleza y reflexionar con calma. En una de esas ocasiones se expresaba así: "Son indispensables períodos de soledad y de silencio. Este es el camino de la mística y también el que conduce a las más grandes acciones. Los americanos han escogido el camino opuesto: la vida en rebaño; el completo rechazo de la meditación; la dispersión del espíritu; la supresión de toda vida y disciplina interior"...

Esto nos explica que, en procura de un ambiente propicio a la serenidad y a la paz del alma, Carrel comprara, en 1922, la pequeña isla Saint Gildas, situada a pocos minutos de lancha de la costa de Bretaña. Allí, en contacto con la naturaleza más primitiva, tuvo uno de los lugares preferidos para sus vacaciones, en las cuales se aislaba del bullicio de las grandes ciudades.

En sus actividades prioritarias, las investigaciones médicas y biológicas, perfeccionó sus estudios anteriores y emprendió otros nuevos. Así fue como recurrió a las bajas temperaturas para conservar mejor sus cultivos de órganos y tejidos, resultando ser el precur-

sor de los actuales trasplantes de órganos y de las técnicas de Crioterapia y de Hibernación Artificial.

La práctica de los injertos, como los de córnea y otros órganos, o los cultivos de tejidos, abrieron nuevos caminos, que varios investigadores emprendieron en procura de esclarecer los mecanismos de acción de las causas probables del cáncer y su evolución.

Las investigaciones que realizó con el ingeniero aeronáutico y famoso aviador Charles Lindberg, les permitieron, a éste y a Carrel, inventar una bomba de perfusión, para mantener órganos vivos fuera del organismo. Dicho aparato fue el precursor de las bombas o corazones artificiales que, en la hora actual, permiten realizar la circulación extracorpórea, y hacer factibles algunas de las operaciones más delicadas de las que se llevan a cabo sobre el corazón.

En 1931, Carrel fue invitado a Washington, donde el embajador de Alemania, von Prittwitz le entregó el Premio Nordhoff-Jung-Cancer, instituido en su país para quienes se distinguieran en trabajos relacionados con el etiopatogénico del cáncer. Entre las personalidades concurrentes a la solemne ceremonia, se hallaba el embajador de Francia ante la Casa Blanca, el erudito literato Paul Claudel.

Los hechos vinculados con la gran conmoción financiera y económica de los años 1929-1930, hicieron que Carrel reflexionara, una vez más, demostrando una clarísima visión de los problemas sociales y políticos, y dijera: "... las naciones son dirigidas hoy en día por la locura, por hombres mediocres, y gobernadas por sentimientos y por apetitos". "La crisis actual es mucho más moral e intelectual que financiera".

Nótese la vigencia de tales ideas en estos momentos, en los cuales se han generalizado, por tantos países, las fallencias que Carrel fustigaba hace medio siglo.

Su natural modestia lo llevaba a afir-

mar que él era un simple hombre de ciencia. Ello no obstante, en 1933, por instancias de numerosos de sus amigos, Carrel comenzó a condensar, en uno de sus libros, al que ya se hizo referencia, sus ideas de político, sociólogo, moralista y filósofo. Y ese libro fue *Man the Unknown*, cuya primera edición data de 1935. Traducido al castellano con el título de *La Incógnita del Hombre*, no puede dejar de comentarse que dicha obra fue traducida a diecinueve idiomas, y que el número de volúmenes de las ediciones sucesivas, en la hora actual debe de haber sobrepasado la extraordinaria cifra de más de un millón de ejemplares. A pesar de la enorme difusión de este verdadero "best seller", no resisto a la tentación de hacer unos brevísimos comentarios acerca del mismo. Y esto, por dos razones. La primera, por la importancia de las ideas expuestas por Carrel, muchas de las cuales no han perdido actualidad, a pesar del tiempo transcurrido, además de las probabilidades de que hayan caído en el olvido, dadas nuestras marcadas predisposiciones amnésicas, como lo ha señalado Julián Marías.

La segunda, porque ciertas afirmaciones de Carrel, en esta obra, certifican su decisión de "dar testimonio" de sus creencias, que despertaban hacia la ortodoxia, después de algunos años de enfriamiento de su fe religiosa.

Pero pretender que dicho análisis tome muy breve tiempo, o sea realizado en una síntesis demasiado apretada, sería una verdadera utopía, dado que la densidad de los conceptos y de los juicios expuestos por Carrel, requerirían ser examinados capítulo por capítulo, y, más de una vez, frase por frase, para no correr el riesgo de ser parciales o incompletos. Por todo ello, lo mejor que puede hacerse, es recomendar que el libro sea leído o releído. Se advertirá de inmediato que el estilo literario del autor, se caracteriza por la sencillez de un fraseo muy conciso y muy claro. Algunas de sus expresiones podrán ser

opinables o discutibles. Pero lo habitual es que coincidan con realidades objetivas, o con ideales de conducta, o de normas orientadas al perfeccionamiento moral y deontológico, y que, repetimos, siguen teniendo vigencia. Veamos algunos ejemplos. En el capítulo I, "La necesidad de un mejor conocimiento del hombre", se destaca el contraste entre los progresos de las técnicas y de las ciencias mecánicas, físicas y químicas, en sus enormes avances y en los cambios que son sus consecuencias. Tales cambios acarrearán una verdadera esclavitud del "Homo aeconomicus", convertido así, en un consumidor de productos elaborados por las máquinas, pero elaborados por ellas, a fin de que sigan funcionando. "En los Estados Unidos el nivel intelectual continúa bajo, a pesar del creciente número de escuelas y de universidades"... "Parece que la misma inteligencia retrocede cuando el carácter se debilita". "Somos las víctimas del retraso de las ciencias de la vida, sobre las de la materia".

En el cap. II, sostiene Carrel que La Ciencia del Hombre es más importante que todas las demás ciencias. Hace una juiciosa crítica de los médicos especialistas que no se preocupan por considerar a la persona humana como a una grande y compleja unidad. Miran con una visión muy estrecha o parcializada, salvo en los raros casos en los cuales dichos profesionales han tenido la inquietud de capacitarse como corresponde. El no hacerlo, se justifica solamente cuando integran equipos dirigidos por clínicos generales. En ese mismo capítulo, ya empieza a apuntar su fondo religioso, cuando Carrel dice: "Nuestras técnicas no comprenden las cosas que no tienen peso ni dimensiones. No alcanzan sino aquellas que están situadas en el espacio y en el tiempo". "Son incapaces de medir la vanidad, el odio, el amor; la belleza de los sueños de los sabios, la inspiración del poeta, la elevación del alma mística hacia Dios". "Todos estamos interesados

en que aumenten la riqueza y el confort. Pero nadie comprende que es indispensable mejorar la calidad estructural, funcional y mental de cada individuo. La salud de la inteligencia y de los sentimientos afectivos, la disciplina moral y el desarrollo espiritual, son tan necesarios como la salud del cuerpo y la prevención de las enfermedades infecciosas". Más adelante expresa: "La vida moderna es opuesta a la vida del espíritu". "El hombre moderno ha rechazado toda disciplina de sus apetitos". "La Iglesia Católica Romana ha dado a las actividades morales, un lugar mucho más elevado que a las intelectuales. Los hombres que honra la Iglesia, por encima de todos los demás, no son los "leaders" de las naciones, los sabios, ni los filósofos: son los santos, es decir, aquellos que han sido virtuosos de manera heroica". "Más que la Ciencia, el Arte y los ritos religiosos, la belleza moral es la base de la civilización".

En el Cap. V, Tempo Interior, al referirse a los cuidados y atención que debe prodigarse a los niños, dice: "El valor de los días de la primera infancia es enorme. Debería aprovecharse cada momento para la educación del niño. El derroche de este período de la vida, no puede ser compensado. En lugar de dejarlos crecer como plantas o animalitos, los niños deberían ser objeto de un cultivo esmerado".

En el cap. VI, Funciones de Adaptación, toca aspectos muy importantes de la formación física y espiritual de la juventud, y aboga por una educación que desarrolle más y mejor, el verdadero sentido de la virilidad en los muchachos. Estos mismos temas, en años más recientes, han sido muy bien desarrollados por el Papa Juan Pablo II, en su libro Amor y Responsabilidad, y por varios otros autores, como el P. José Antonio de Laburu, y el P. Enrique E. Fabbri, en algunas de sus obras muy conocidas.

En cap. VII de La Incógnita del Hombre, se refiere a El Individuo. "La

gracia de Dios penetra en el cuerpo y en el alma, como el oxígeno atmosférico, o como el nitrógeno de los alimentos se difunden en nuestros tejidos". Se hace hincapié en la necesidad de poner en práctica los recursos necesarios para la integración de la personalidad, como, 40 años más tarde, repite y desarrolla magistralmente, el citado Padre E. E. Fabbri.

También insiste Carrel, en la importancia prioritaria de la familia, y, muy en especial de la madre, en la formación de la personalidad de los niños y de los jóvenes.

En 1937 y 1938, Carrel pronosticó, con una certera visión prospectiva, esa ecatombe que fue la segunda guerra mundial, acerca de la cual escribió: "Se prepara un verdadero suicidio de la Europa que nosotros hemos conocido; la destrucción de las bellezas acumuladas por la civilización; el retorno a una barbarie mucho más devastadora que la del pasado"... "Tengo la impresión de que, antes de dos años, el cataclismo tendrá lugar".

¡Ya sabemos cómo los hechos le dieron la razón!

Antes de producirse dicho drama, el sabio médico, biólogo y filósofo, ya había llevado a cabo su extraordinaria producción intelectual, volcada en unos 350 trabajos científicos y en 5 libros. De estos últimos, algunos vieron la luz después de la muerte del autor. Pero, además, otros autores se inspiraron en las publicaciones de Carrel, para editar obras de diverso carácter.

Los méritos de Carrel siguieron siendo motivo de una larga serie de galardones, que nos llevaría mucho tiempo enumerar. Entre esas distinciones, figuran también numerosos ofrecimientos que él rehusaba con su habitual rechazo a la figuración. Es que Carrel sabía muy bien, que muchos la buscan, sin reparar en que, lo único que consiguen es exhibir su mediocridad. Carrel, en cambio, asignaba un lugar prioritario, en su incommovible espíritu de trabajo, al apego que profesa-

ba a sus tareas de investigador y de estudioso. Así fue como rechazó las propuestas que le hicieron para ser embajador de su país en Roma y en Berna. Otro tanto hizo cuando Laval le ofreció el Ministerio de Salud Pública de Francia.

En el mes de enero de 1938, Carrel había decidido continuar con sus trabajos de Sociología y de Filosofía condensados en *La Incógnita del Hombre*, y comenzó a redactar su libro *La Conducta en la Vida*. Los voluminosos manuscritos, que se terminaron ya iniciada la guerra, quedaron inéditos hasta 5 años después de la muerte de Carrel, en que su esposa decidió darlos a la imprenta. En dicha obra, al prologarla, Mme. Carrel manifiesta que se la podría considerar como un "testamento" de Carrel. Al leerla, surgen de inmediato a la memoria, los recuerdos de las adversidades que provocaron períodos de aislamiento y de hondas reflexiones de este ser superior. Y esos talentos que Dios le dispensara, sometidos a las duras pruebas a las cuales ya nos hemos referido, no fueron factores negativos, a secas. El valor de aquellos sufrimientos fecundos y de los que le provocaba la visión de un futuro sombrío para la humanidad, se expresó, una vez más, en la "ley de las compensaciones", la cual, en esta oportunidad, se manifestó en esa gran obra que todos deberíamos leer y releer, para sacar las múltiples enseñanzas que fluyen, tanto de los principios en ella enunciados, como de las sugerencias contenidas en el texto y aún en las entrelíneas.

En la nota de presentación de la obra, se dice, con sobrada razón, que se trata de un alegato multiforme, en el cual se han amalgamado la Biología, la Política, la Filosofía, la Ética. El gran pensador penetra en todos los campos de la especulación intelectual, y plantea la posibilidad de llevar a cabo aquel su magno proyecto de un gran centro multidisciplinario, para dedicarlo al estudio de La Ciencia del

Hombre, a la formación integral, física, psicológica, espiritual y moral de jóvenes seleccionados, a fin de lograr personalidades con un desarrollo completo y armónico.

En el libro mencionado, Carrel discurre como un verdadero sabio y consumado moralista y sociólogo, a lo largo de sus nueve capítulos, didácticamente divididos, cada uno de ellos, en varias secciones. La atención con que debemos concentrarnos en la lectura y en la meditación del contenido de *La Conducta en la Vida*, me exime del análisis del mismo, dada su extensión, y a la vez, su sencilla y tocante profundidad. Pero me resulta difícil pasar por alto siquiera la escueta cita de algunos pasajes. Así, por ejemplo, en la pág. 114 se lee: "La envidia es responsable de la esterilidad de nuestras instituciones, porque ha paralizado el vuelo de los hombres mejores, en provecho de los mediocres".

"Por culpa de ella se han eliminado, de todos los terrenos, los que eran capaces de convertirse en jefes y de organizar la nación"... "Para hacer que crezca nuestro espíritu, no es necesario ser sabio, ni poseer una gran inteligencia; basta quererlo". Pág. 147: "La oración tiene siempre un efecto, aún en el caso de que ese efecto no sea el que deseamos. Por tal razón es preciso, a buena hora en su vida, habituar a los niños, a cortos períodos de silencio, al recogimiento, y, sobre todo, a la plegaria". Pág. 155: "Pero nuestro deber más sagrado, lo constituye llevar a cabo la revolución pedagógica, que haga de la escuela, en lugar de una triste fábrica de certificados y diplomas, un hogar de educación moral, intelectual, estética y religiosa, y, sobre todo, un centro de formación viril". Pág. 183: "Únicamente la religión propone una solución completa al problema humano. El cristianismo, sobre todo, ha respondido de modo preciso a las preguntas del alma humana". Pág. 197: "La necesidad de Dios, se expresa por medio de la oración. La oración es un gri-

to de angustia, una petición de ayuda, un himno de amor". "La oración da fuerza para soportar las preocupaciones y las penas, para esperar cuando no hay motivo lógico de esperanza, para permanecer de pie en medio de la catástrofe". Pág. 210: "Es preciso saber perdonar a nuestros enemigos, unirnos con ellos y amarlos". Pág. 249: "El éxito de la vida consiste en conseguir nuestra salvación. Esto es lo único que importa. Todo lo demás es fracaso. De nada nos sirve ganar el universo, si se pierde el alma".

En varios pasajes señala Carrel los motivos de la decadencia de Francia y del mundo, y la forma de evitar la influencia de los factores que conducen a tan lamentable decrepitud: el fortalecimiento de la voluntad, el apego al trabajo y aún al sacrificio; la elevación del sentido moral; el cultivo del altruismo y del amor.

Iniciada la segunda guerra mundial, y dada su edad, Carrel no pudo tomar parte activa, en los hospitales de sangre, como él deseaba. Pero producida la ocupación, y la paralización que ella trajo como consecuencia, Carrel se dedicó activamente a procurar que la población no sufriera las consecuencias que él había previsto, sobre todo para los niños, por la falta de alimentos en la cantidad y con la calidad adecuadas. Se movilizó con la agilidad que sus años le permitían, en procura de la solución de dicho problema, y, en especial, de la carencia de vitaminas y medicamentos, con su mira puesta, ante todo, en la población infantil. Estuvieron él mismo y su esposa, sometidos a muchas privaciones. Ello no obstante, Carrel no cejó en sus empeños por ver realizadas sus ideas de fundar su Instituto del Hombre, de acuerdo a los conceptos expuestos en *La Incógnita del Hombre* y en *La Conducta en la Vida*. Por fin logró que el gobierno de Vichy decretara oficialmente la creación de la Fundación Francesa para el Estudio de los Problemas Humanos, que se inauguró a principios de 1942. Con la ayu-

da de su infatigable esposa y de un numeroso grupo de colaboradores, Carrel trabajó allí con su ardor de siempre. Pero las condiciones creadas por la ocupación, y las múltiples carencias consiguientes (calefacción, vestidos, alimentos, etc.), impidieron la plena efectividad de aquellos esfuerzos. No dejó de agregarse, a ese cúmulo de dificultades, la acción negativa de los detractores de Carrel. Sabedores de su designación como Director de la Fundación aquellos cultores del odio ciego y de la calumnia monstruosa, se dedicaron a rondar por la modesta vivienda parisiense de la calles Breteuil, acudiendo a leyendas injuriosas, o gritando improperios, entre los cuales no pudieron faltar epítetos como "traidor", o "inscripto en la lista de colaboracionistas". Lo que no podían perdonar a Carrel, algunas asociaciones secretas y su cohorte de resentidos, era que, después de un largo período de enfriamiento de su fe religiosa, aquel hubiera dado reiteradas y categóricas muestras de su adhesión a la Iglesia Católica y a su doctrina. Sus enemigos, hasta lograron que lo dejaran cesante en la dirección de su querida Fundación. Además, y aún antes de la liberación de París, las peores previsiones de Carrel habían sido sobrepasadas. Le llegaron noticias de torturas, de masacres, de condenas hechas por "cortes de justicia extraordinarias", de la actuación de personas sin escrúpulos de ninguna clase, y, por todo ello, la horrible perspectiva de la guerra civil.

Ya cumplidos sus 71 años, y agravado su desfallecimiento cardíaco, dando muestras de profunda humildad, invocaba la protección de Dios. A mediados de 1944, confesó, recibió el Santo Viático y la Extremaunción, y quedó en una gran calma. Cuando fue presa de un edema de pulmón, pidió que se llamara a su lado a su gran amigo y confidente, el Padre Alexis Presse, quien llegó la víspera de su muerte. Acompañado por él y por su inseparable esposa, a las 5 h. 15 min. de la madrugada del 5 de

noviembre de 1944, el alma del Dr. Carrel transponía ese lindero impreciso y misterioso que separa esta vida terrenal, de la venturosa eternidad de la Gloria.

No puede llevarse a cabo ninguna semblanza de Carrel, separándola de referencias biográficas de su esposa. Ya hicimos algunas de ellas. Pero no debemos omitir la mención del asíduo e incondicional apoyo que ella le brindó, de manera permanente, aún en los períodos en que las circunstancias los mantuvieron a cierta distancia. Si Mme. Carrel sentía una gran veneración por su marido, dados sus grandes valores intelectuales, bien puede asegurarse que era mayor aún la que le inspiraban la rectitud de su carácter y la grandeza y la elevación de su alma. Por otra parte, Carrel tenía una gran originalidad y agudeza. Era sobrio y serio, pero, a la vez, chistoso. Con su esposa era respetuoso, solícito, tierno. Ella le correspondía ampliamente.

Aparte de su sólida cultura general, Mme. Carrel había hecho cursos de enfermería y de auxiliar de la Medicina, y no sólo ayudaba al propio Dr. Carrel, con su gran habilidad manual, en operaciones de Cirugía Experimental, sino que llegó a ayudarlo en operaciones de urgencia, en los hospitales de sangre, en la primera guerra mundial. El gobierno francés, en mérito a su actuación, la condecoró con la Gran Cruz de Guerra 1914-1918 y la Medalla Militar. El gobierno de Bélgica le otorgó la Cruz de Isabel.

Muerto su esposo, Mme. Carrel tomó a su cargo la tarea de recopilar los apuntes del diario de Carrel, el cual fue editado en un volumen titulado *Jour Après Jour*, ya citado. Pero lo más importante es que llevó a la imprenta los manuscritos que forman ese verdadero tratado de moral que se llama *La Conducta en la Vida*. Otro tanto hizo con las reflexiones póstumas del sabio, condensadas en un opúsculo titulado *El Poder de la Plegaria* (ed. Leviatan. Bs. Aires, 1981) y cuya lectura reco-

mendamos con entusiasmo.

Admiradora de la Argentina y enamorada de sus bellezas panorámicas, Mme. Carrel decidió establecer aquí su residencia. Y aquí vive, en Buenos Aires, el hijo del primer matrimonio de Mme. Carrel, el marqués Enrique de la Mairie, con su señora esposa.

Según una nota periodística llegada a mis manos, además de los estudios mencionados, Mme. Carrel obtuvo en París el título de doctora en Medicina. Apasionada por la Cirugía, se dedicó con predilección a los trasplantes de córnea.

Defendió cuanto pudo la memoria de su esposo, a quien sus detractores no respetaron ni después de muerto. Y eso seguramente obró en su ánimo, como todos los enconos y maquinaciones que provocaron el exilio de Carrel en 1904, y Mme. Carrel dejó Francia para establecerse en Buenos Aires. Además de prestar sus servicios como voluntaria en el hospital Fernández de la Capital, fue una de las más entusiastas animadoras de la creación del Servicio Sacerdotal de Urgencia. Al mencionarlo, quiero rendir el sentido homenaje de mi recuerdo, a ese eminente clínico y gran señor que fuera el Dr. Luis Ayerza, primer presidente de la institución, y destacar los méritos de su segundo presidente, el Dr. Luis María Baliffa, prestigioso profesor de Clínica Dermatológica de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

En 1953, el Consorcio de Médicos Católicos de Buenos Aires, invitó a Mme. Carrel a dar una conferencia que versó sobre El Dr. Alexis Carrel y Los Milagros de Lourdes, a la cual ya se hizo referencia. En mérito a todos los citados antecedentes, la mencionada corporación, bajo la presidencia del que esto escribe, se honró en otorgar a Mme. Carrel, un diploma que la acreditaba como Miembro Honorario del Consorcio de Médicos Católicos de Buenos Aires.

Anne Marie de la Motte, viuda de Carrel, encariñada con un paisaje serra-

no de Córdoba, La Cumbrecita, seguramente experimentaba allí el placer del silencio y de la paz que le permitían el contacto con la naturaleza, y el recuerdo de la edénica serenidad que ella y su esposo habían disfrutado en Saint Gildas.

Mme. Carrel entregó su alma al Señor; allí, en La Cumbrecita —donde descansa sus restos— el 2 de febrero de 1968.

En una sucinta visión panorámica, hemos reseñado algunos de los episodios más salientes de la vida del Dr. Alexis Carrel. Y hemos podido recordar que prodigó sus eximias dotes de auténtico y abnegado apóstol de la Medicina, sin condicionamientos ni cálculos, en la atención y el cuidado de cuantos enfermos llegaron a sus manos. Fue también un paciente y fecundo investigador. Y, por si todo ello fuera poco, incursionó en los amplísimos campos de la Pedagogía, de la Antropología, de la Moral, de la Sociología y de la Filosofía, dejándonos en herencia, además de sus realizaciones prácticas, un gran conjunto de normas, de conceptos y de ideas de extraordinario valor ético e intelectual.

Indiscutiblemente, fue un gran humanista cristiano.

Como persona señalada por Dios para grandes destinos, no pudieron faltarle, al Dr. Carrel, las amarguras y los dolores que le causaron la gran rudeza y las agudas laceraciones producidas por esa pesada cruz que le tocó llevar a cuestas con ejemplar paciencia y probada humildad. Y así fue como este prototipo del varón justo, que fue y sigue siendo una gloria de Francia y de la cultura universal, sufrió, más que por la indiferencia o por la incompreensión —y, en especial de sus colegas y de

sus pares— por lo que no pocos lo prodigaron con la murmuración, con la maledicencia, o con la envidia.

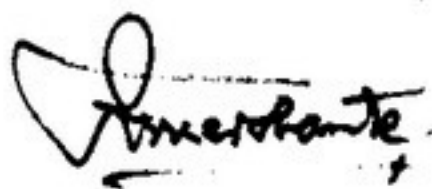
Y al consignar estos aspectos de la personalidad de Carrel, me viene a la memoria aquella obra de tan exquisito valor conceptual, como elevado vuelo teológico que Jacques Maritain escribiera bajo el título de *Dieu et la Permission du Mal*.

De acuerdo con todo su contenido, debemos inclinarnos humildemente, una vez más, ante esos esotéricos planes del Señor, el único que puede cuantificar las relaciones de nuestros padecimientos, con los méritos que podamos aquilatar mediante una adecuada y paciente aceptación de sus insondables designios.

Aún a riesgo de incurrir en redundancia, no quisiera omitir unos juicios de uno de los biógrafos más destacados del sabio lionés, Henriette Delaye-Didier-Delorme (A. Carrel. *Humaniste Chrétien*. Ap. de la Presse, Paris), autora que se expresó de esta manera: "Alexis Carrel, por su coraje, sus virtudes, su humildad cristiana, no esperaba de los hombres su recompensa, sino únicamente de la mano de Dios. Su invencible franqueza, llevaba los frutos amargos de los odios, a los cuales no quiso atribuir ninguna importancia. Y esos odios y rencores, propios de la mentalidad terrorista, aún hoy en día violan el silencio de los muertos, en procura de sepultar en el olvido, el nombre y la memoria de ese ser tan superior, como fuera el Dr. Carrel. Pero algún día, cuando se insista en decir la verdad y se haga lugar a la justicia, el nombre del Dr. Carrel retomará el lugar que le reserva la historia".

Señoras y señores: Yo me sentiré

poseedor del máspreciado y honroso de los galardones, que ya me ha otorgado vuestra paciencia al escucharme, si lograra que grabéis en vuestra mente, como os ruego lo hagáis, uno solo de los muchos pensamientos de Carrel. Entre una serie de magníficas disquisiciones sobre el significado de la muerte, en la sección VIII del capítulo VI de *La Conducta en la Vida*, uno se queda sin saber qué admirar más, si la profundidad de las ideas, o la primorosa sencillez de la forma literaria que adopta el sabio médico humanista, al expresar aquel pensamiento con estas palabras: "... La muerte... tiene la belleza del crepúsculo en la montaña; o se parece al sueño del héroe después del combate. Pero puede ser, si lo queremos, la inmersión del alma en el esplendor de Dios".



Doctor Fermín Raúl Merchante

Miembro de Número de la Academia del Plata. Ex-Presidente del Consorcio de Médicos Católicos de Buenos Aires. Ex-Presidente del Serra Club de Buenos Aires. Ex-Profesor de Clínica Obstétrica de la Universidad Nacional de Buenos Aires. Ex-Director de la Escuela de Obstetricia de la Universidad de Buenos Aires. Ex-Presidente de la Sociedad de Obstetricia y Ginecología de Buenos Aires. Miembro Honorario Nacional de la Asociación Médica Argentina, de la Sociedad de Obstetricia y Ginecología de Buenos Aires, de la Sociedad Argentina de Psicoprofilaxis Obstétrica, etc.

(1). Conferencia del ciclo "Los grandes convertidos del siglo XX", patrocinado por el Serra Club de Buenos Aires, y pronunciada el 9 de noviembre de 1982.